TRADUCCIÓN

LA DEMANDA DE LOS WAN*

Introducción

Chen Yuanbin, autor de *La demanda de los Wan*, nació en 1955 en Tianzhang de Anhui. Durante la Revolución Cultural no asistió a la escuela, se dedicó a tejer redes de pesca para ayudar a sus padres y en su tiempo libre leía obras clásicas de la literatura china y novelas de autores extranjeros traducidos al chino. Trabajó en la oficina de correos de su distrito, donde pronto ascendió gracias a su habilidad. Publicó su primer cuento corto en 1980 en la revista literaria “Esperanza”, de Anhui, y en 1982 publicó otros dos en las revistas literarias de Anhui. En este año, Chen ingresó a la Asociación de Escritores de Anhui, convirtiéndose en el miembro más joven de ésta. En 1983 ingresó como estudiante en el Instituto Lu Xun y tras la graduación en 1986, fue aceptado en la Universidad de Beijing. Concluyó sus estudios en 1988 y regresó a su natal Anhui como el escritor de carrera más joven de su estado. Mientras tanto, en todos esos años, diversas revistas especializadas publicaron varios cuentos y novelas de Chen con diversos temas acerca de la simple y cotidiana vida, entre los que destacan “Los rayos del sol entran por la ventana del poniente”, “El río celestial” y otros. Después de 1988 Chen escribió varios cuentos sobre el sistema legal de China, como “El caso de los Wan”, “El mundo feliz”, “Un caso, nueve crímenes” y otros. Estos cuentos llamaron la atención de los críticos y los lectores y recibieron varios premios y reconocimientos dentro y fuera de China.

* Esta traducción fue realizada en el Seminario de traducción de literatura moderna china coordinado por Liliana Arsovska, con la participación de: Chen Zhu, Liu Jian, Wen Dalin, Lu Wenna, Xing Weibin, Yao Bei, Tian Ye, Huang Xiang, Wang Yu, Liu Jianmin, Huan Nan, Ni Maohua, Gu Hongjuan y Lei Hong.

La próspera y ascendente carrera de Chen Yuanbin se ha reflejado en sus constantes publicaciones, ediciones y reediciones. En 1990 una carta del vicepresidente de la Asociación de Escritores de China, publicada en la prestigiada revista *Escritores chinos*, resume la fructífera labor literaria de Chen con los siguientes epítetos: “estilo novedoso y emocionante, fiel reflejo de realidades representativas, cuando lo lees por primera vez no soportas estar quieto, o te arrancan un suspiro o tomas a sorbos el té hundido en la reflexión sin decir ni una sola palabra.”

El guión de la película *La historia de Qiu Ju*, dirigida en 1992 por Zhang Yimou, está basado en esta historia.

El cuento

El sol estaba mejorando. Con una pala, He Biqui emparejaba los montones de fertilizante en el trigal. Ya casi terminaba con la última fila cuando le dijeron que a su esposo le habían pegado, se sacudió las manos, regresó a casa a ver al herido y, después, decidió ir a buscar al jefe de la aldea.

La casa del jefe estaba en el extremo Este del pueblo y consistía en tres cuartos con un patio interior. Las tejas de los cuartos eran de las pequeñas, la pared de la casa y del patio era de ladrillos compactos.

El umbral estaba hecho de piedra lisa, en el patio había un pozo y encima colgaban ramas secas de parra. Enfrente había varias macetas de plantas secas. Había también un perro amarrado. Ella rodeó al perro y miró al jefe, sentado en la sala, tomando licor.

—Le pegaste, ahora tenemos testigos y también certificado médico... ¿cuál es tu explicación?

—Hmm..., ¿explicación?

—Le pegaste, lo pateaste en el pecho, no importa, pero haberle pegado ahí abajo, eso sí es grave. ¿Acaso no me debes una explicación?

El jefe levantó la copa, mientras ella seguía hablando.

—Luego no me eches la culpa a mí.

—¿Y qué me vas hacer?

—Pediré que el gobierno lo arregle.

El jefe soltó una carcajada:

—Yo no le pegué por asuntos personales; soy el jefe, si el gobierno no me apoya, quiero ver la próxima vez quién obedecerá mis órdenes.

—Me temo que no te saldrás con la tuya esta vez.

—Está bien. Ya conoces el camino al pueblo, cuando cruces el río, caminas unos 20 a 30 kilómetros y ya habrás llegado. Ojalá no te canses mucho.

Cuando ella vio su actitud burlona, dejó de alegar y decidió ir al pueblo.

Caminó casi un kilómetro y llegó a la orilla. Se dio cuenta de que la mayoría de los que esperaban para cruzar ya se habían subido a la lancha. El lanchero estaba desamarrando las cuerdas cuando oyó unos gritos. Tomó la cuerda y esperó. Cuando He Biqui subió le dijo:

“Párate firme”. Luego guardó la cuerda, tomó la vara y enfiló la lancha hacia las aguas transparentes.

Algunos pasajeros estaban parados, mientras que otros iban sentados con las manos metidas en las mangas. El equipaje estaba en la cubierta. Se oían muchas voces a la vez, le decían algo al lanchero y él contestaba: “ustedes piensan que el camino hacia el noroeste pronto estará terminado y entonces nadie se subirá a mi lancha. Pero será un camino de tierra con muchas curvas ya que nadie dejará que cruce sus tierras, así al final otra vez será mejor mi lanchita. La gente decía: “Nuestro pueblo Wang Qiao desde siempre ha pertenecido a Anhui, pero desde que hicieron esta presa cortaron los caminos y ahora parece que quedamos atrapados en la provincia Jiang Su. Es más difícil salir de aquí que subir al cielo, ya deberíamos formar parte de Jiang Su.”

Después de un rato de plática, el lanchero vio a He Biqui y dijo:

—A ella no la conozco.

Alguien contestó:

—Ella es de la familia Wan.

El lanchero parecía haber entendido todo:

—Con razón tiene esa cara, tú eres la que va a demandar al jefe de la aldea... un dicho reza que hay que mantenerse lejos de los juzgados, ¿cómo es que llegaste a tanto?

—El jefe del pueblo se encarga de todos, él es como el jefe de una familia. Los jefes pueden golpear e insultar a los de abajo, pero atentar contra su vida no es justo. Además, cuando fui a su casa a pedir una razón, él siquiera me dio una explicación.

—Mal hecho por parte del jefe —replicó el lanchero.

Estaban en la mitad de la presa cuando la brisa comenzó a acariciar sus rostros. La orilla estaba tranquila, pero allí en medio había mucho viento y la lancha empezó a temblar. El viento chocaba con el agua y soplabla cada vez más fuerte. La piel de la cara se tersaba por el frío. El viento sacudía el agua, las olas se revolcaban y entonces el lanchero dijo: “Del agua nace el viento, del viento las olas, aquí el agua es profunda, pasando este lugar el viento se calmará”. Recogió la barra y se puso a remar con las dos manos. El viento soplabla con fuerza y el piso bajo los pies rechinaba y temblaba. La gente hablaba menos, apenas una que otra palabra que se llevaba el viento. Exhalaban poco a poco una bocanada de aire para calmar el corazón. Los remos se aceleraban, la lancha avanzaba. El viento dejó de soplar y se acercaron a la orilla, entre más avanzaba la lancha permanecía más firme, el lanchero recogió los remos y puso la barra en el agua.

Retomando el tema anterior con los pasajeros, el lanchero dijo: “Verde y vigorosa en la casa materna, seca y marchita tan pronto se casa. Si no la mueves no pasa nada, y si la mueves brotan chorros de lágrimas.”

¿De qué hablaba? Nadie estaba seguro. Por su cara, pensaban que se trataba de ella.

—Miren— dijo el lanchero y levantó la barra del agua. El agua escurría del palo. Al ver el agua escurrir todos entendieron de pronto, pero la respuesta no los dejó muy convencidos. La lancha se arrimó a la orilla. Después de unas palabras de despedida, cada quién tomó su camino.

No se veía igual el cantón con el nuevo camino recién arenado y los árboles plantados alrededor. A los lados de la calle cuyo fin no se veía de una sola mirada, había casas de uno a tres pisos. He vio un edificio de seis pisos a través de una puerta y pensó que era el gobierno local. Entró y preguntó, resultó ser una fábrica. Andando y preguntando, finalmente llegó hasta

una esquina muy tranquila. El gobierno había construido otras dos oficinas de un piso. Entró, dijo algo y una persona la guió hasta la oficina del lado oeste y le dijo: —Éste es el oficial Li, puedes hablar con él con toda confianza.

El oficial Li tenía menos de cuarenta años. De su apariencia tan ordinaria no era difícil deducir su sinceridad. Estaba leyendo el periódico con una taza de té en la mano.

Volteó la cabeza y le preguntó:

—¿Wang Zhangzhu? ¿Te mandó a decirme que vaya a tomar con él? Dile que si no abandona su comportamiento salvaje, no volveré a ir allá.

—¡Vengo a demandarlo!

—¡Oh! —exclamó sorprendido el oficial.

Después de leer el testimonio y el diagnóstico, frunció las cejas:

—¿Por qué el diagnóstico es de un hospital distrital y además de otra provincia?

—Es que vivimos en Wang Qiao y todas las carreteras para acá han sido cortadas por la presa, así que tuvimos que ir a la provincia Jiang Su.

Después de escuchar su relato detallado, Li guardó el testimonio y el diagnóstico. Vio el reloj y le dijo: —Ya abrió el comedor, ¿comes aquí?

—No se moleste.

—No te estoy invitando, pero puedo ayudarte para que compres el boleto. Además, el comedor presta tazones y palillos limpios.

—No se preocupe, cuando vine, vi muchos restaurantes en la calle.

—Los restaurantes en la calle te roban.

—Pregunté en dos puestos de fideo, cincuenta o sesenta centavos por un tazón, eso no es muy caro.

El oficial se levantó: —En la tarde tengo una reunión, mañana voy a arreglar tu asunto, espérame en la casa.

Al día siguiente cerca de mediodía, He Biqu vio venir al oficial Li preguntado por el camino. Fue hacia él y saludó.

—¿Cómo le fue, viene Ud. caminando?

—No, en bicicleta.

—¿Dio toda la vuelta por la carretera nueva?

—Es demasiado lejos, manejo bien y me atrevo a manejar por la orilla entre las parcelas, pero después de la presa, todo es cuesta arriba. Empujé la bici un rato y me di cuenta de que no valía la pena. Regresé de nuevo y le encargué mi bicicleta al lancharo. Así es que apenas voy llegando.

He Biqui exclamó sorprendida: —Entonces, ¿todavía no ha visto al jefe?

—Ahora voy, déjame ver primero tu casa.

Después de examinar la herida del marido se dirigió a la casa del jefe de la aldea. El perro saltaba y ladraba. El jefe se apresuró a recibirlo, agarró al perro e invitó efusivamente al oficial Li: —Pase, pase. De repente vio a He Biqui, se quedó callado y puso una cara larga.

El oficial Li llegó y se sentó. Quería que el jefe de la aldea y He Biqui se sentaran pero ellos no lo hicieron. Una vez cómodo en el banco, el oficial Li dijo: —El diagnóstico del hospital y las pruebas adicionales ya las he visto, la herida también la he examinado, en este asunto, tú tienes la culpa.

El jefe dijo con inquietud:

—¿Yo tengo la culpa? ¿Acaso lo hice por intereses personales? La orden de sembrar colza en todas las parcelas vino de arriba. Todas las familias aceptaron menos ellos. En siete hectáreas de colza una sola parcela de trigo se ve como tiña en la cabeza. Cuando los supervisores vinieron, aún no entraban en la aldea y vieron su parcela. Nos quitaron puntos, nos descalificaron, y nos fijaron una fecha para corregirnos. Le pedí una y otra vez que cambiara el trigo por la colza pero no me escuchó. Usé la boca y no sirvió, ¿qué otra cosa me quedó además de las patadas?

—Hubieras seguido usando la boca, hombre.

—Tienes razón, lo aborrezco tanto que lo hubiera podido morder.

El oficial contuvo la risa: —De todos modos, tú le pegaste y además lo heriste, así es que tú tienes la culpa.

—¿Lo que dices es tu opinión o representas al distrito?

El oficial Li no respondió, miró a He y le dijo:

—Bueno, déjanos un rato pero no te alejes.

Un rato después el oficial salió a negociar con ella: —Los gastos médicos te los reembolsará la aldea, además te dará un

poco de dinero para comprar alimentos y cubrir las pérdidas por demora en el trabajo. Todos los gastos serán cubiertos entre él y la aldea. ¿Qué te parece?

—La gente se burlará de mí, lo que yo quiero no es dinero sino una explicación.

El oficial Li replicó: —Él siempre ha sido algo arbitrario, además es el jefe de la aldea, hay que considerar su prestigio.

—Entonces no habrá explicación.

El oficial Li pensó un rato y dijo: —Él mismo y la aldea se encargarán de los gastos médicos, de recuperación y la ayuda por retrasos en el trabajo, eso demuestra que él tiene la culpa. ¿Acaso eso no es una explicación?

Después de meditarlo un rato, He consideró que la oferta era razonable y la aceptó.

Al volver al cuarto el oficial Li dijo: —Y lo dejamos así, no es un arreglo, es una conciliación, yo fui el mediador. Si están de acuerdo voy a almorzar como de costumbre en el pueblo, sino, regresaré con hambre.

Después del almuerzo, el oficial fue a despedirse de He, la consoló un poco y regresó al cantón.

En la casa de He, su esposo acostado en la cama le preguntó: —¿Quién era el hombre que entró dos veces?

—Era el oficial Li del cantón; es que demandé al jefe.

El hombre, preocupado, preguntó: —¿Y ganaste?

—El oficial Li reconoció la culpa del jefe —Y la mujer le contó todo sobre los gastos de hospital, de recuperación... —en la tarde nos pagará, ¿acaso eso no es una explicación?

Después del mediodía He fue a la casa del jefe. El perro ladraba ferozmente en el patio mientras el jefe lo regañaba.

—Aquí traigo la factura y los recibos —le dijo He.

—¿Cuánto es? —preguntó. Checó los papeles y sacó un fajo de billetes nuevecitos, los separó con los dedos y los contó una y otra vez.

He planeaba devolverle el dinero después de recibirlo y además le diría: —Olvídalo, así lo dejamos.

Pero no pudo ni abrir la boca, cuando vio al jefe aventar los billetes en el aire.

La mujer se quedó boquiabierta: —¿Y eso?

El jefe altanero respondió: —Te estoy pagando.

—Le pegaste a mi esposo, no me diste ni una explicación y ahora quieres humillarme.

—Lo hago por ti, te voy a explicar. —Se detuvo un poco y lentamente siguió: —Sigo en mi puesto, y aquí en el pueblo mando yo. Te tengo mucho coraje. En el suelo hay un total de treinta billetes, cada vez que recojas uno te inclinarás frente a mí. De esta manera treinta veces reconocerás tu culpa y a mí se me quitará el coraje. Entonces, urgió a la mujer a que empezara a recoger los billetes.

He gritó indignada: —¿Cómo es eso, qué dijiste esta mañana?

—¿Dije algo esta mañana?

—Pero tampoco dijiste no estar de acuerdo.

El jefe rió:

—¿Piensas que me convencieron? ¡Qué va! Al oficial Li le costó mucho trabajo llegar al pueblo, y yo le di por su lado. Además el dinero es de la aldea, yo no pago nada de mi bolsillo.

Al oír eso, He se quedó atónita por un momento, pisó los billetes regados en el suelo y partió.

Ya de regreso en su casa, se sentó en la cama y le contó todo a su marido.

—Ya sabía yo que no le podías ganar.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—No lo sé.

—Ahora ya lo sabes.

El marido suspiró: —Ya somos enemigos.

He Biqu se quedó aturdida un buen rato y después dijo:

—Si no aclaramos este asunto, no podremos vivir aquí.

—¿Y qué haremos si no le ganamos? —se quejó el hombre.

—Voy a llevar suficiente dinero, me quedaré allá.

Esa noche ninguno de los dos pudo conciliar el sueño.

He Biqu se levantó al amanecer, se lavó, se arregló y salió caminando sobre la escarcha del camino. Pasó el embarcadero y llegó al cantón. La puerta de la oficina del oficial Li estaba cerrada. Preguntó por él y le dijeron que Li se había ido al municipio para asistir a una reunión, que no regresaría sino hasta dentro de dos o tres días. He Biqu se detuvo un rato y se acordó de que en la visita de anteaer el oficial Li le dijo con descuido que había tomado con el jefe, entonces empezó a sospechar que ellos habían planeado una trampa el día ante-

rior. Pensó una y otra vez y decidió que la única opción era ir al distrito para hacer la demanda.

Tomó el camión para el distrito. Cuando llegó, vio gente por todos lados. La escarcha en el suelo ya se había descongelado. Había salido un sol fuerte que se veía muy poco en el invierno. Las viejas oficinas de la estación le parecían desconocidas. Los pasajeros se amontonaban en la estación para protegerse del viento. En la cerca que rodeaba la estación había dos puertas: una ancha para los carros y otra pequeña para la gente. He Biqu se detuvo para ordenar sus pensamientos, ubicó los puntos cardinales y, empujando entre la gente, salió de la estación hacia el centro del distrito.

La calle ya no era como hace siete u ocho años. Se oían los gritos de los vendedores de hundun, ravioles, vísceras, cabezas ahumadas de conejo, colas saladas de cerdo. La calle parecía una grieta. He Biqu le preguntó a un vendedor que no la entendió bien y le dijo: —¿Quiere comer algo? —Al oír bien su pregunta, se le quitó la sonrisa de la boca y le señaló un sitio.

He Biqu vio hombres y mujeres entrar con facilidad, los siguió tratando de entrar también.

Pero un portero viejo se lo impidió: —Tienes que registrarte primero, ¿tienes tu credencial? Revisó su tarjeta de identidad mientras ella le explicaba a qué venía. Apenas empezaba a hablar cuando él la interrumpió: —Te equivocaste de lugar, aquí es el Tribunal, la estación de policía está en la otra calle.

—¿Cómo llego?

—Caminas todo derecho, das vuelta a la derecha y luego a la izquierda y nuevamente a la derecha hasta encontrar una puerta grande que da a un edificio. Entras y en la tercera oficina a la izquierda en el primer piso entregas tus documentos.

—¿Qué documentos?

—Me refiero al formulario de la demanda.

He Biqu se puso nerviosa: —Uy, no lo traje.

El portero la consoló: —no te preocupes, puedes escribir otro.

A los lados del camino se vendía todo tipo de cosas: ollas, platos, sartenes, aceite, sal, soya, ropa, sombreros, zapatos, relojes, sábanas, cremas, pinturas para la cara, comida...

Al llegar al final de la calle dio vuelta a la izquierda. Era una calle llena de hilos de costura, muy colorida, rojo chabaca-

no, rojo durazno, rojo carne, rojo tierra, rojo oxidado, verde sauce, verde oscuro, verde jade, todos los tonos de amarillo, azul y de otros colores. No quería pensar en esas cosas pero sus ojos la traicionaron.

Al dar la vuelta en la esquina por poco se tropieza con el escritorio de un escribano. El puesto estaba en un lugar muy soleado y protegido del viento. El escribano, que tenía lentes y la barba crecida, se veía viejo. En ese momento estaba negociando con un hombre de mediana edad: —Si fuera una carta simple, una nota de agradecimiento, de felicitación, una petición de ayuda o un reporte podríamos regatear, pero en ese tipo de carta de demanda no hay ni un centavo de descuento. El hombre de mediana edad replicó: —Es muy caro. El escribano le dijo: —Atropellaste a una persona con la bicicleta, escapaste del lugar de los hechos, te atraparon. Esta carta no sirve sin argumentos sólidos. ¡Ya págame!

El hombre recogió la carta y se fue.

He Biqui vio todo, le preguntó y el escribano respondió: —Está bien.

Alistó la pluma y el papel y al mismo tiempo que ella hablaba, él redactaba.

Tomó la demanda y se dirigió hacia la planta baja de la comisaría. Encontró la tercera oficina a la izquierda, entró y vio a dos personas uniformadas que estaban platicando mientras sostenían unas extrañas tazas de té. He Biqui les mostró la demanda. Uno de ellos frunció las cejas mientras la leía. Se la pasó al otro, y éste hizo lo mismo:

—Está lleno de paja, además hay muchas acusaciones muy graves pero los hechos y acontecimientos no son claros, sencillamente no sirve. ¿Te la escribió el escribano de aquí afuera? ¿Cuánto te costo?

—Quería cuarenta, pero le di treinta y cinco.

Los dos se miraron:

—Ahora estamos muy ocupados, nomás dejás de vigilarlo tantito y hace de las suyas. Hay que buscar un momento para ponerlo en orden.

Uno de ellos le dijo: —Para escribir una demanda tienes que ir a un bufete de abogados.

—¿Y eso qué es?

—Es un lugar donde le ayudan a la gente en procesos judiciales. Redactan las demandas, acusan en representación del cliente, defienden apelan. Demanda, contrademanda, asuntos penales, civiles, comerciales, administrativos, hacen de todo.

—¿Es del Estado?

El otro contestó:

—Nuestro sistema judicial está compuesto por cinco niveles: comisaría, fiscalía, juzgado, órgano judicial y asuntos civiles. El órgano judicial es precisamente la dirección judicial. El bufete de abogados está subordinado a la dirección judicial.

He Biqui les pidió que le explicaran el camino y entonces partió para allá.

Al encontrar el lugar, vio que era una casa de cinco cuartos. Dos de los cuartos laterales tenían las puertas hacia el pasillo interior y la puerta principal de dos hojas estaba en el medio. En uno de los lados colgaban tres tablas blancas con caracteres negros. La cantidad y el tamaño de los caracteres variaba en cada tabla. El lugar le pareció poca cosa en comparación con los edificios del Palacio de Justicia y de la Comisaría.

Miró un rato y le habló a una mujer, sentada en la oficina del oeste al final del pasillo. La mujer, en medio de muchos papeles, señaló una puerta sin siquiera levantar la cabeza. He Biqui entró y vio una sala muy ancha que ocupaba el espacio de tres cuartos. Adentro había unos escritorios, sillas y personas sentadas. Preguntó y le dijeron que hablara con el hombre del rincón.

Parecía un hombre de escasos treinta y pico años pero con canas en la cabeza. El hombre con una taza en la mano, se acercó y le invitó a sentarse. He se sentó y preguntó: —¿Cómo le dicen?

—Mi apellido es Wu, llámeme Xiao Wu o abogado Wu, como quiera.

He le llamó abogado Wu y le contó todo lo sucedido.

El abogado Wu le preguntó: —¿Quieres contratar un representante?

—¿Qué es eso? Ella no le entendió.

—Es como un representante tuyo. Te acompaña, habla por ti y defiende tus intereses de acuerdo con las leyes.

—¿Hay que pagarle? —Preguntó ella.

—Por supuesto. —Respondió el abogado Wu, frunciendo las cejas.

—Pero no nos quedamos con el dinero, se le entrega al Estado, el precio es fijo.

Sacó una lista para que la viera He. Ella quería una explicación detallada. El abogado Wu le dijo:

—Estos precios de arriba son fijos, estos otros son los gastos de comida, transporte y alojamiento que le pagas al abogado para que realice la investigación y levante testimonios en el caso de que lo contrataras.

—¿Más o menos cuánto es en total?

—Depende, según la situación, se paga contra recibo.

—No quiero contratar un representante, quiero que me escriba una demanda, ¿se puede?

—¡Cómo no! Dijo Wu.

He preguntó por el precio y al darse cuenta de que estaba muy barato, supo que había sido engañada por el escribano de la calle. Conteniendo su coraje, contó una vez más lo sucedido desde el principio. El abogado Wu redactó la demanda, se la leyó una vez, corrigió un poco y la transcribió en un formato de demanda. He pidió la factura, pagó pero cuando acudió a la Comisaría, ya estaba cerrado.

Al mediodía merendó en un puesto de fideos, un tazón de fideo con pimienta, tan picante que la hizo sudar. Estaba sentada esperando que se le secara el sudor cuando el sol ya había cruzado el horizonte. En el camino preguntó por alojamiento y finalmente se hospedó en una casa ubicada en la esquina con una pequeña puerta. Cuando preguntó por el precio, un anciano encargado del registro se asomó y le dijo: —¿Quiere factura?

—¿Cuál es la diferencia?

El hombre se rió: —Con factura cada noche se anotan seis yuanes pero se cobran sólo cuatro, o sea, cuando su compañía le paga los gastos según la factura, dos yuanes se quedan en su bolsillo. Si no quiere factura, cada noche son tres yuanes.

He Biqu, estaba sorprendida: —¿Su negocio es privado o público?

—Somos un negocio privado, protegido por el Estado. —Al notar que ella todavía estaba desorientada, el dueño agregó: —Mi

lugar no es grande, pero las sábanas se cambian seguido, vea primero y luego decida.

Se sintió comprometida y fue a ver el cuarto. Se percató de que el piso y la cama estaban limpios, además el dueño parecía amable, así que se decidió y pagó el hospedaje.

El dueño quedó satisfecho y empezó a charlar: —Señora, si usted vino aquí a la ciudad es por que seguro tiene cosas importantes que arreglar.

—Vengo para demandar.

Al enterarse de lo sucedido, el dueño preguntó: —¿No fue lastimada la parte vital?

—Afortunadamente no, pero estuvo muy cerca. Tuvo una gran hemorragia.

—Pero no es para tanto, llegaron muy lejos.

—Tal vez hubiéramos dejado el asunto hasta allí, pero nos preocupamos por el futuro. Sin una explicación justa no tendríamos una vida tranquila en ese lugar.

El dueño se solidarizó con ella: —Tiene razón.

Esperando ansiosamente la hora en que abriría la oficina, se presentó en la comisaría. Llegaron, uno tras otro, dos policías uniformados.

Al revisar el formato de demanda, el testimonio y los exámenes médicos, sorprendidos dijeron: —¿Por qué se hizo los exámenes en un hospital de distrito de otra provincia? He Biqiu les explicó. Ellos tomaron un cuaderno, le preguntaron algunas cosas, las apuntaron y le pidieron que estampara su huella digital. Al terminar los trámites, le dijeron: —Puede regresar a casa, nosotros lo arreglaremos. Estos días tenemos algunos casos importantes, así que espere con paciencia.

Salió del edificio. Los rayos del sol estaban cayendo en ángulo. No pudo aguantar las cosquillas en la nariz y estornudó. De pronto escuchó que alguien la llamó.

Era el policía Li: —¿Vienes a la comisaría distrital? ¿Wang Changzhu no te pagó?

Ella no le contestó.

El policía siguió: —¿Se atrevió a no pagarte?

—No digo que no me pagó, es por su manera de pagarme.

Al saber lo que sucedió, Li dijo: —Este Wang Changzhu no tiene sentido común, pero yo también tengo la culpa. Debí

arreglar el pago, cara a cara entre nosotros tres. Así hoy no tendríamos problemas.

—Ahora somos enemigos, será una enemistad de muchas generaciones.

—Ese hombre no conoce el respeto.

Al ver que Li estaba de su lado, le explicó: —Fui a la comisaría del pueblo pero no lo encontré, por eso vine aquí. Acabo de entregar el formato de demanda.

Li le respondió muy propio: —Estás en tu derecho.

Apenas terminó la frase cuando alguien lo llamó.

He vio que era la misma persona que hace un momento le había aceptado la demanda. El hombre fue al baño con una taza en la mano, tiró las hojas de té, volvió al pasillo interno y le preguntó a Li: —Acaba de irse una mujer, es un caso de tu jurisdicción.

—Conozco un poco ese caso. ¿Cuándo van a mandar oficiales para allá?

—¿Quién está sin trabajo en la comisaría?

Uno de los dos implicados es aquel jefe del pueblo. Lo conozco un poco, ir yo solo otra vez no será muy cómodo. Por lo menos deberían de mandar a otro más, ¿no?

Al oír eso, He recordó que no era bueno escuchar a escondidas y de prisa fue hacia la puerta.

Después de un rato salió el policía Li y le dijo: —Bien, ven al distrito en unos días.

—¿Cuántos días?, dígame la fecha exacta.

Li se lo dijo y entonces se marchó.

Ese día Li salió por un caso urgente y no estaba. Le encargó a otro entregar a He un oficio de sentencia de la comisaría distrital.

He oyó el dictamen y al darse cuenta que contenía los mismos puntos de antes: gastos médicos, gastos de recuperación y subsidios por faltar en el trabajo, pensó: “¿tanto esfuerzo para llegar al mismo lugar?”

Al ver a la mujer aturdida, el hombre le contó que Li había dicho que si no estaba de acuerdo con la sentencia, podía apelar ante la comisaría del nivel superior para someter el caso a revisión.

Escuchó todo y sin decir ni una palabra regresó a casa. Cargó dos puercos, apenas puestos en engorda, a la feria de la provincia Jianngsu y los vendió para pagar los gastos del viaje.

Se alojó en el mismo lugar de antes. Después de solicitar la revisión en la comisaría municipal, He regresó a su cuarto. El dueño la consolaba: —De cualquier forma las cosas están así, no te preocupes demasiado. Por la tarde, si tienes tiempo, vete a dar un paseo por el parque, te vas a entretener.

He preguntó: —Dicen que en los últimos siete u ocho años aquella presa de varios kilómetros al lado de la muralla del sudeste ha sido transformada en un lugar muy pintoresco, además, han hecho un templo-tumba con un ataúd lleno de incrustaciones de oro. Supongo que este parque ya no es el mismo de antes, ¿verdad?

El anciano afirmó con la cabeza: —Lástima que el clima no te ayuda, hay viento y hace frío.

He le respondió: —Así son todos los días por mi casa.

Llegó al templo-tumba y preguntó por el precio del boleto de entrada: costaba tres yuanes y medio. Pagó, aunque le pareció caro. Entró y vio un salón grande pero muy ordinario con unas figuras y caballos de piedra comunes y corrientes. Atravesó la sala y vio una gran tortuga de piedra muy ordinaria con una lápida encima, parecida a las que ya había visto en otros lugares. Mucha gente estaba reunida alrededor de un gran incensario que estaba debajo de la boca de la tortuga. He se acercó y descubrió que adentro, en lugar de incienso, había agua hasta la mitad. La gente estaba tirando monedas al agua. Casi todas las monedas se hundían formando un montón brillante en el fondo, pero unas cuantas flotaban en el agua. El viento se detenía en la esquina del salón y se sentía menos frío. Un anciano vestido de monje sentado en una mesa bajo el sol cambiaba los billetes por monedas. Las personas eran de diferentes edades. Unos jóvenes de vestimenta colorida hacían mucho ruido. Cada vez que tiraban una moneda, pedían un deseo, un aumento de sueldo, obtener un departamento, casarse con una buena mujer, lograr un ascenso en el trabajo, en fin, deseos comunes y corrientes. He Biqui, observó un rato y fue a cambiar una moneda de cincuenta centavos por de a cinco. Apretó las monedas en la mano y rezó por un buen resultado en su caso. Luego, a empujones logró pasar entre la multitud y tirar las monedas. Las primeras cinco se hundieron. Un hombre a su lado se impacientó y le pidió las mone-

das restantes para tirarlas por ella. Estas cinco sí lograron flotar. El corazón de He Biqui también flotaba con ellas. De pronto, escuchó mucho ruido a su alrededor y vio a un joven que rezaba para tener suerte en el juego de “majiang”. Entonces, ella se dio cuenta de que todo era sólo un juego. Cambió de idea y fue a ver el templo-tumba.

Ese templo-tumba en realidad era una cueva en el cerro decorada con piedras cuadradas en el techo y a los lados. La cueva medía unos cincuenta pasos. Dio una sola vuelta y se topó con el ataúd. Éste, que era de color púrpura, no era mucho más grande que los que había visto antes. Le pareció que sólo por ver eso no valía la pena pagar tres yuanes y medio.

Cuando llegó al parque la puerta le pareció familiar. Pasó sobre el pequeño puente de piedra y vio que el antiguo invernadero de flores se había convertido en un parque de diversiones. El viento, al pasar por el pequeño lago, rociaba a la gente con gotas muy frías.

Dos empleadas se guarecían del frío dentro de la taquilla. Había dos parejas de visitantes con un niño cada una. Los niños se querían subir al “Huracán”. Sus padres fueron a comprar boletos, pero las empleadas no quisieron vendérselos y comenzaron a discutir.

Uno de los padres dijo: —Venimos desde muy lejos y nos costó mucho viajar hasta aquí.

Una de las empleadas dijo: —Hace mucho frío y además no es domingo. Reúna a veinte personas y pondré el juego.

Los dos niños comenzaron a gritar y el padre preguntó: —¿Si compro veinte boletos está bien? Cada boleto costaba seis yuanes. Pagó los veinte boletos y entonces la encargada, escondiendo la cabeza en el cuello de la ropa, salió de la taquilla para arrancar el juego.

El padre se acercó a He Biqui y le dijo: —Señora, no compre boleto, súbase con nosotros. Así me hará un favor, además no necesita pagar. He Biqui se sintió obligada a aceptar la invitación. Al acercarse a la maquina, ésta le pareció un plato de hierro del tamaño de un patio inclinado con sillas en forma de aviones. Eligió uno y cuando apenas se había sentado, el plato comenzó a girar. Pero sus movimientos no se podían

prever, temblaba y saltaba sin regla alguna como si fuera un burro asustado, un toro rabioso o una cerda a la cual le raptan la cría. “¿Acaso no es una tortura?” Apenas pensaba eso cuando sintió no poder aguantar más. El cielo y la tierra estaban temblando. El cielo se derrumbaba de pronto y subía de nuevo enseguida, la tierra se agitaba pisando el cielo mientras lo perseguía, ora se pegaban ora se despegaban.

No lograba entender los movimientos del cielo y la tierra cuando se suscitó un alboroto en su cuerpo; el corazón, los pulmones, el hígado, el bazo y todos los intestinos, empezaron a moverse de aquí para allá sin poder regresar a sus puestos originales. Entonces, su cuerpo ya no le interesó más, pues los sesos dentro de su cabeza empezaron a revolverse y girar, como si estuvieran en caldo.

Cuando ya estaba muy mareada, aquel plato de hierro frenó súbitamente, pero sus intestinos, los sesos, el cielo y la tierra seguían dando vueltas sin parar.

Trató de recobrar el juicio y vio que aquellos dos matrimonios ya estaban de pie sobre la tierra. Los dos niños subidos arriba de otra plataforma querían tomar el tren mecánico suspendido en el aire. Un hombre que parecía jefe, pasó y los vio. Les gritó a los niños que bajaran y les dijo a los padres: —¡Tienen que comprar boletos!

—Es que hace mucho frío y no hay gente, dicen que no venden boletos hasta que se junten veinte personas.

—¿Quién dijo eso?

Fue a la ventanilla y regañó a las dos empleadas. Sin tener más remedio, las chicas les vendieron boletos. Pero mientras el hombre se alejaba, una de ellas escupió y dijo:

—¡Tú estás todo el día en la oficina, qué cómodo! Ya verás el día que te dejemos todo el trabajo a ti solo.

Finalmente, fue a la plataforma y arrancó la máquina. El carro tenía dos sillas. Un adulto y un niño pedaleaban juntos en un vagón que corría a lo largo de una vía de ferrocarril suspendida en el aire. Se veía raro y peligroso. He se alejó del lugar.

Regresó al hotel y le dijo al dueño:

—Primero gasté dinero pero no vi nada, luego no pagué nada pero sufrí mucho mareo.

La conversación giró hacia el pleito. El dueño dijo:

—Este asunto, que para ti es tan grande y serio, para ellos es tan insignificante como una semilla de sésamo. El problema está en la juventud de hoy, ya no se conserva más la tradición. Por dinero hacen lo que sea: roban, arrebatan, engañan, hasta podrían matar a una persona como si cortasen la hierba nada más que para desquitarse. Además, la comisaría no tiene suficiente gente. ¿Cómo pueden hacer todo el trabajo? Por eso, tuviste mucha suerte de que te dieran sentencia la vez pasada.

He preguntó: —¿Entonces, según tú, esta vez también será en vano?

—Tampoco se puede decir eso.

He fue a acostarse muy desanimada.

Cuando se levantó al día siguiente, el dueño le dijo:

—Anoche no te dije todo lo que quería, pero ahora te lo voy a decir. Aunque la última sentencia llevaba el sello de la Comisaría de distrito, fue un funcionario cualquiera de allá el que la hizo. El director de la Comisaría en realidad sólo escuchó el informe y lo firmó. Ahora que quieres que la Comisaría municipal la revise, va a pasar lo mismo. Los burócratas han visto de todo, les va a importar un bledo el caso tuyo. Como siempre, confirmarán la sentencia anterior. A mi juicio, deberías buscar directamente al director de la Comisaría. Puede que él lo tome en serio al escuchar tus palabras y te dé la razón.

—Entonces, iré ahora mismo.

—No me entendiste bien. Mira, es probable que logres entrar a su oficina, y si entras, hay tanta gente que entra y sale reportando asuntos, que él no podría escucharte con paciencia y te atendería como a cualquier otro.

He supo que él tenía más que decirle y lo dejó seguir.

—Por qué no inventas un truco para conseguir la dirección de su casa y luego te vas al mediodía o por la noche a esperar que regrese de su oficina y pláticas con él en su casa.

Al ver que estaba callada, el dueño aclaró:

—No te lo digo pensando en mi negocio, si te quedas otra noche, sólo ganaré tres yuanes más, no me voy hacer rico con eso.

He aclaró: —No te preocupes, lo que pasa, es que estoy pensando que si toda la gente hiciera eso, hundirían el umbral de su casa sin dejar al director ni comer ni dormir.

El dueño rió: —Justamente todo el mundo piensa como tú, y por eso no hay mucha gente que se atreva a buscarlo en su casa.

He fue a la Comisaría y preguntó en la recepción:

—¿Camarada, se encuentra Yan Limin?

El recepcionista le echó una mirada: —¿Buscas al director Yan?

—Vine desde muy lejos, sé que en este momento está muy ocupado, mejor lo espero en su casa. Pero hace ocho años que no la veo se habrá mudado?

El recepcionista exclamó: —¿No te enteraste? El director Yan no está en la Comisaría. Anoche lo hirió un delincuente con cuchillo, ahora posiblemente todavía se encuentra en el hospital.

He dijo sorprendida: —¿De veras?

El viejo de la recepción siguió contando:

—Anoche la reunión del partido en la Comisaría duró hasta las doce. El director Yan llegó a su casa después de la una. Ya no había programas en la televisión. Él estaba cansado y fue a lavarse para acostarse. Al pasar la sala, después de tirar el agua con la que lavó sus pies, oyó ruidos en la chapa de la puerta y se dio cuenta de que alguien la estaba forzando. El director Yan caminó hasta allá y abrió la puerta repentinamente. El tipo se espantó. ¡Pero, qué cruel! Apuñaló al director Yan con una navaja. Éste se apartó y logró quitarle la navaja. Aquel canalla al ver eso se dio la vuelta y huyó corriendo. El director Yan lo alcanzó saltando como tigre. Pero en el pasillo estaban dos cómplices que lanzaron sus navajas hacia el director Yan. Este esquivó una pero la otra le dio. Al ver que el director Yan ya estaba herido, los tres intentaron escapar. Sin embargo, el director Yan aguantó el dolor sin soltar al delincuente. En ese momento, los vecinos salieron. Interceptaron a un cómplice y lo detuvieron. El otro se lastimó las piernas al saltar por la ventana y también fue detenido vivo.

He Biqiu pensó: “En este mundo cualquier trabajo tiene sus dificultades, pero ser director de la comisaría sí que es mucho más peligroso. Esos tres ya tenían pleito con él y llegaron a medianoche para vengarse. Por suerte, ayer hubo junta, si fuese cualquier otro día, esos tres forzan la puerta, entran y ma-

tan a todos.” Preguntó por las heridas, le dijo que no eran graves y He le avisó: —Voy a su casa a ver primero.

Tal y como le indicaron, se subió al camión de la ruta seis. Después de dos estaciones tomó la ruta tres y se bajó en la cuarta estación. Caminó de frente una distancia como del tamaño de una parcela, volteó a la izquierda y entró en un callejón, pasó por una primaria, unos edificios grandes, a la derecha se veía un terreno baldío que visto de cerca era en realidad un estanque. El agua era turbia, crecían espinacas y acelgas rodeadas por una cerca de ramas. Hasta ese punto ya había caminado el equivalente a la distancia de varias parcelas. Giró a la derecha y vio un cerrito. Entró por una puerta muy abierta y vio un gran terreno, por cierto, no muy plano. Aquel cerrito se veía desordenado, entre los árboles altos y chaparros se divisaban algunas casitas. Más abajo había ocho hileras de edificios de diferentes tamaños de color gris. Al parecer, era alguno de estos edificios. Preguntó, y la gente señaló hacia arriba diciendo que él vivía en el edificio rojo de la cima. Subió el cerrito, pasó entre los árboles y las casitas, y encontró el edificio rojo. Lo vio extendido de Oriente hacia el Poniente. Tenía el largo de varias casitas, apenas dos pisos y unos diez cuartitos. El techo era de dos aguas y la fachada gris sin brillo. Se paró un rato frente al edificio, tratando de recordar bien el camino.

Regresó a la posada. El dueño ya conocía lo ocurrido:

—Primero se pensó que era venganza, pero al interrogarlos, los tres tenían acento de noreste. Qué mala suerte tuvieron esos tres canallas. Cometieron fechorías en la frontera y huyeron hasta acá. En esta ciudad apenas tenían media hora. Planeaban primero robar a cualquiera para obtener un poco para el gasto y luego juntar fuerzas para dar el gran golpe. Lo que nunca se imaginaron es que a la primera iban a caer en las garras del director de la Comisaría.

He Biqu preguntó: —¿Acaso no sabían que era la casa del director?

El dueño explicó: —Caminaron varias millas, los tres tarados ni siquiera sabían donde estaban. Además, aquellos edificios no son de los empleados de la Comisaría. Vive gente de diferentes oficinas.

He preguntó: —¿Cómo es que el director Yan no vive en los edificios de la Comisaría?

El dueño replicó: —Este hombre tiene fama de honesto, vive en el departamento de la empresa de su mujer.

—Claro, por supuesto, aquello no parecía la casa de un director.

Ella le pidió consejo y el dueño le dijo: —No es fácil, él ahora no está en casa, está hospitalizado. Si lo vas a ver con las manos vacías no está bien, pero si vas con las manos llenas, ¿cómo lo justificas?

Después de escuchar eso, He tuvo una idea. Desvió la plática hacia otros rumbos.

Pasó la tarde viendo mercados de verduras y llegó a uno muy cercano en el centro de la ciudad, sobre una vieja calle de uno o dos kilómetros. Aunque todavía no era la hora pico del comercio, la calle estaba llena de todo tipo de mercancías. Gallinas, gansos, patos, aves, reses, ovejas, cerdos, perros, mariscos frescos y secos, había tantas cosas que le dolieron los ojos de verlas. A pesar de la gran cantidad y variedad, las mercancías estaban en orden, las verduras ocupaban una zona, las aves de corral otra, y los productos de soya también tenían su propio lugar. Se veían raras las verduras y frutas que no eran de temporada y se cultivaban en invernaderos locales. Había pepinos, berenjenas, calabazas, puerro y hasta sandías y melones. Parecía que, con paciencia, uno podía encontrar aquí hasta melocotones de la inmortalidad que sólo crecían en el paraíso. Entre los hombres y mujeres que vendían las cosas más extrañas se encontraban unas chicas menores de 20 años, con cara tan blanca y fina como hecha de harina de la mejor calidad. Manchadas de grasa, con cuchillo en mano, ellas promovían gritando las carnes que vendían. Así pasó el tiempo, caminando y mirando. Acelerando el paso, llegó al otro extremo del mercado, donde estaban los puestos de mariscos.

Después de regatear, He compró cuatro pescados frescos que amarró con un cinto de piel de víbora. Cada uno pesaba más de cinco kilos. Luego de tomar varios autobuses, llegó al edificio rojo en la cima del cerrito. Dio dos vueltas alrededor del edificio, pero no encontró la puerta. El sol se metía al Oeste. El hielo que cubría el suelo se endurecía rechinando con ca-

da pisada. Luego de preguntar a un estudiante de secundaria, encontró una puerta arrinconada, subió dos escalones y tocó la puerta de enfrente. Nadie contestó. Se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada, la empujó y entró. Llegó a un pasillo de dos metros de ancho y como quince metros de largo. Había muchas ventanas abiertas en la pared que daba a la calle. En la otra pared estaban las puertas de los departamentos. Tocó la puerta que estaba en medio del pasillo, y una señora mayor abrió la puerta. Parecía estar sola en casa.

Al hablar con la anciana se dio cuenta de que ella hablaba fuerte, como si estuviera peleando con alguien. Sin embargo, se le veía una sonrisa en la cara. Midiendo la reacción, He Biqu le regaló el pescado y ésta lo recibió. He dijo algo y la anciana se acomodó para escucharla mejor. Entonces, He Biqu le recordó de nuevo: “soy del pueblo Wang Qiao, de la presa de la aldea Xi Bei. Nuestro alcalde se llama Wang Changzhu, y yo, me llamo He Biqu. Mi esposo se llama Wang Shangqing. Dígaselo al director Yan y él lo entenderá.”

Terminó de hablar y regresó a la posada. Pasó la noche allí y al día siguiente volvió a casa a esperar noticias.

A los dos meses, el esposo se estaba recuperando del hematoma entre las piernas y podía bajar de la cama. Durante este tiempo, He Biqu se ocupaba tanto de las labores del campo como de la casa. Después de volver de la ciudad todavía le quedaba un poco del dinero de la venta de los dos cerdos. He Biqu lo utilizó para comprar otros cuatro lechones. Los criaba en el corral con maíz y salvado, esperando la primavera para poder alimentarlos mejor. Además, recubrió el campo con lodo del estanque y excremento de los cerdos y tres sacos de polvo de roca fosfórica. Al terminar todos estos labores, ya había pasado el sexto periodo de nueve días después del solsticio de invierno y llegó al final el séptimo periodo. Y la fiesta de primavera había pasado hace mucho tiempo.

El esposo ya podía ayudar un poco en las labores del campo, sin embargo, se cansaba apenas hacía algún esfuerzo. He Biqu le preguntaba: —¿dónde te duele?— Y él le respondía: —No me duele, sólo me siento sofocado.

—Claro que te sientes así, con ese pleito encima, cualquiera se deprimiría.

—Hablando del pleito —añadió He— han pasado muchos días y no hemos tenido noticias. Probablemente no sabemos nada porque no he ido a la ciudad.

—Cómo podías haber ido a la ciudad, si cayó una fuerte nevada al comienzo del primer periodo de nueve días, y al final cayó otra. Con ese clima de nevada tras nevada, aunque no podemos trabajar, tampoco podemos salir, estamos aquí atrapados. El embarcadero estaba congelado y caminar por el camino recién construido es cansadísimo —dijo el marido.

—Oficialmente, ya entregué mi solicitud de apelación, y en lo personal ya le llevé pescados. Este director Yan ya debería de darme alguna respuesta. —dijo He.

El esposo lanzó un suspiro diciendo: —la vida es así, siempre encuentran problemas los que los buscan. Al principio, el jefe de la aldea sólo nos pidió sustituir el trigo por la colza. Si no nos hubiéramos puesto tercios, hoy no tendríamos este circo.

¿Apenas te das cuenta de eso? —le dijo He.

El marido siguió: —Quienes decidieron cultivar trigo y colza en grandes extensiones no fue el jefe sino los de arriba. El jefe se fijó en esta parcela porque está en la entrada del pueblo, es la cara del pueblo. Todos se dejaron convencer menos nosotros. Pensándolo así, el jefe tenía razón en decir que nuestra parcela se veía como una mancha. Además, la vez pasada cuando los de arriba vinieron a supervisar y descontaron puntos, no le descontaron a él sino al pueblo Wangqiao. En este sentido, también tenemos algo de culpa.

He Biqu, burlándose de él, dijo: —Lo que pasa es que te comiste la fruta del olvido. Hace algunos años, los de arriba mandaron cultivar arroz en tres cosechas. El jefe también escogió esta parcela como la cara del pueblo y niquiera escuchó las advertencias de los mayores. Entonces, del arroz temprano se cosecharon 160 kilos, y del semitardío también 160 kilos. Pero del arroz tardío había más granos vacíos que macizos y sólo se juntaron cincuenta kilos. Si hubiéramos sembrado arroz y trigo o arroz y colza, habríamos cosechado más de 500 kilos. Él sabía eso pero a pesar de todo se salió con la suya.

Su marido le objetó: —Eso sucedió hace más de diez años. Ahora con la tierra asignada a cada familia, nadie quiere escuchar palabras huecas. ¿No ves que el gobierno habla cada vez

más con la verdad? El jefe en aquellos tiempos, ¿qué podía hacer más que escuchar a los de arriba?

—¿Por qué? Era apenas un sargento de la milicia, un oficial pequeño. Pero quería lucirse. Pisoteaba a la gente para ascender. Pero ahora las cosas no son como hace diez años. ¿Quién le permite pegar a la gente y patearlos en la zona vital?

Mientras discutían, alguien del otro lado de la parcela de colza les gritó: “¡Wan Shanqin, el jefe quiere que vayas a su casa!” Al oír eso, He Biqu le dijo a su esposo: “¡Voy para allá!”

—Mira, —dijo el marido— creo que es tiempo de calmarnos.

—Pero lo demandamos y apelamos buscando un castigo.

—Ningún castigo es peor que la muerte. En caso de que veas cualquier señal de conciliación, dejemos el asunto así aunque no haya una explicación justa.

He Biqu accedió y caminó hacia la aldea sintiendo el peso de las nubes grises que colgaban en el cielo. Llegó a la casa del jefe, rodeó al perro y oyó los gritos de la gente que jugaban en la sala. Pensaba que había visitas de arriba, pero al asomarse vio que todos eran conocidos del pueblo. Al notar su llegada, el jefe se levantó y la recibió en la puerta.

—¡Viniste!

—¡Sí!

El jefe se reía: —¿Ya viste que aquí tengo cuatro mesas de apuestas?

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El jefe dejó de reír: —A cada rato visitas las oficinas del gobierno, me has demandado en la comisaría del cantón, del distrito y del municipio. ¡Que influyente eres! Ahora que descubriste estos juegos ilegales en mi casa, ¿por qué no vas a demandarme?

Estas palabras llamaron la atención de los de adentro. Algunos mirones que no estaban jugando, dejaron de ver el juego y se pusieron a ver el pleito.

He Biqu le dijo:

—¿Me llamas nada más para humillarme, crees que no me atrevo a ir lejos?

—Tengo otras cosas que decirte —insistió el jefe.

Ella no quería escuchar. Llena de rabia se dirigió hacia el pueblo.

Caminó un rato. Las nubes se veían más pesadas y el frío se calmó un poco. Ardiendo por la pelea y la caminata, empezó a sudar. Al llegar al embarcadero vio a lo lejos en el centro de la presa muchas olas levantadas por el viento. Buscaba la lancha sin encontrarla, pero finalmente la localizó en la orilla. Tocó la puerta de la casita del lanchero quien estaba calentándose frente a un brasero de carbón. El lanchero comentó: —Se ha derretido en el centro, pero en los bordes todavía hay unos diez metros de hielo. Rompe por la mañana y se congela por la noche. La lancha no lo aguanta.

Quería ir afuera para mostrarle el hielo, pero apenas llegó a la puerta se estremeció por el frío. Apoyándose en la puerta le dijo: —¿No ves cómo las nubes se están juntando? Pronto va a nevar. Creo que es mejor esperar a que pase esta nevada para cruzar. He Biqui le contó lo sucedido y el lanchero la consoló: —Te está provocando. Cuando lo denuncies y venga la gente del distrito, su juego va a terminar por un buen rato. Además, no necesariamente estaban apostando. No te enojas por eso. Regresa a casa y descansa.

Al regresar a casa, su marido le preguntó: —¿Adónde fuiste? Vino el jefe cuando regresé del cerro.

—¿A qué vino?

—Dijo que te fuiste sin escucharlo y que la decisión de la comisaría municipal ratificó la sentencia de la Comisaría de distrito.

Se quedó atontada por la noticia. Miró el sobre de la sentencia con sello rojo. Estuvo sentada un rato, sin decir ni una palabra y luego decidió: —Es jefe de la aldea pero también es la parte acusada. De ninguna manera él debía haber entregado el documento de la sentencia personalmente. Voy a la ciudad para pedir una explicación.

El marido la detuvo: —¿Cómo que te vas? El embarcadero está cerrado.

—Me voy por el nuevo camino de terracería.

—Darás muchas vueltas. Mira cómo está el tiempo.

Afuera empezaba a nevar. Cuando He salió de la aldea nevar cada vez más fuerte. Por el camino de terracería recién construido entró al Jiangsu. La nieve era cada vez más intensa, copo tras copo, parecía la flor del algodón. Poco a poco los

copos se deshacían, lo que daba la sensación de estar en una fábrica de harina donde el polvo que flota en el aire llena el espacio de un blanco inmenso. La nieve de la primavera es como un caballo de carreras, corre frente a nuestros ojos y desaparece al tocar el suelo. Muchos pies habían endurecido la tierra del camino recién abierto. La tierra mojada por la nieve deshielada estaba pegajosa y resbaladiza. He Biqu se tropezaba al caminar. Culpaba al cielo por dificultarle las cosas, decidida a ganarle la partida. Pensando en eso, desapareció en la nieve.

He Biqu por fin llegó a la ciudad. Al ver que había caído la noche, fue al paradero antiguo y se hospedó. Al día siguiente no nevaba tanto. Se cambió y llegó a la Comisaría. El viejo portero le dijo: —El director Yan está en su oficina y parece que ahora tiene tiempo libre.

Al entrar, vio a un hombre de mediana edad, sentado en una mesa. He Biqu le dijo: ¿Es usted el director Yan? Yo soy de la aldea Wang Qiao, a lado de la presa Xibei. Nuestro jefe se llama Wang Changzhu, yo soy He Biqu y mi marido es Wa Shanqin. Al terminar de decir eso, asombrada continuó: —¿No lo sabía?

El director Yan mientras le servía una taza de té, le explicaba: —Los directores de la comisaría nos dividimos el trabajo. El director Wang se encarga de tu asunto, casualmente en este momento no está, así que le pediré a otro que te atienda.

He Biqu se apresuró a decir: —Vengo precisamente a buscarlo a usted. Fui a su casa cuando estaba hospitalizado después de que lo atacaron unos ladrones. En su casa estaba una señora grande. El director Yan dijo: —Ah, claro, hace unos días estuvo aquí una pariente del norte. Ella no oye bien, habla como si estuviera peleando. ¿No te asustó?

Al oír eso He Biqu supuso que la anciana no entendió nada y que el director Yan no sabía nada de los peces que le regaló. “¡Ay, dinero tirado al agua!” Sin poder aclarar las cosas ni arrepentirse, He le dijo: —Al que acusé fue al jefe de la aldea, y ustedes me mandan la sentencia con él. ¿Le parece justo?

—¿En serio? —dijo el director Yan mientras salía a otra oficina.

He vio que la oficina estaba sencillamente amueblada, junto a la pared había un sofá, arriba en las paredes estaban pegados algunos escritos. En medio de la oficina había una estufa cuyo

tubo de hoja de acero se extendía hacia afuera por la ventana. Frente a la estufa había una mesa cuatro veces mayor de las que He había visto en su vida. Detrás de una silla giratoria se hallaba un cesto de bambú lleno de papeles arrugados. En la mesa había dos plumas clavadas en una piedra, una canasta llena de documentos y dos botellas de tinta. Había también una taza como la que usaba el oficial Li, ancha abajo y arriba y estrecha en el medio.

En ese instante entró el director Yan: —Un momento, ya mandé preguntar.

En poco tiempo entró un hombre reportando: —He llamado al cantón, me contestó personalmente el oficial Li. Me dijo que pensaba entregar personalmente la sentencia, pero justo entonces, se presentó un caso de robo de ganado, así que le encargó el asunto a su asistente. Éste llegó a la presa y al ver que estaba cerrada, tuvo que regresar y tomar el nuevo camino de terracería. Al volver al cantón, se topó con el jefe de la aldea Wang Qiao. El ayudante era recién trasladado, no tenía ni idea del caso y aún menos sabía que el jefe era el acusado, así que le confió la entrega de la sentencia.

He tomó el hilo de la conversación: —¿Así que la culpa no es de ustedes?

El director Yan le preguntó a He: —¿Entonces, qué opina sobre la sentencia?

—Yo soy pueblerina, él es el jefe de la aldea. Lo acusé ante el oficial Li, luego ante la comisaría del distrito, luego en la municipal y siempre fue la misma sentencia. Lo único que me queda es aceptarla, ¿o no?

—Bueno —dijo el director Yan —no podemos asegurar siempre un trabajo perfecto, lo que pasa es que nuestras atribuciones son limitadas. Si no aceptas la decisión, puedes apelar ante el Tribunal Superior. Estás en tu derecho.

—¿Cómo hago?

—En este caso deberías de contratar a un abogado —dijo el director.

A juzgar por sus palabras, la mujer supuso que el director no conocía bien los detalles de su caso. Ahora que se enteró, le daba pena reconocer su error, así que tal vez buscaría la manera de recompensarla. Aprovechando las circunstancias, dijo:

—Fíjese que no conozco a nadie de aquí. ¿Usted podría recomendarme uno?

El director escribió algo en un papelito y se lo dio a He: —Váyase a la Dirección Jurídica a buscar a esta persona.

Era el mismo abogado Wu que conoció la otra vez.

Wu la elogió diciendo: —Esta ley apenas fue promulgada y tú ya te la aprendiste y te atreves a ponerla en práctica. Te mereces todo mi respeto.

Confundida por sus palabras, He le dijo: —Francamente, no conozco la ley que me mencionó. Yo nada más vengo a preguntar si tengo posibilidades de ganar el pleito.

El abogado dijo: —Conozco muy poco tu caso, me es difícil predecirlo. Cuando le preguntó si ella contrataría a un representante, He le contestó: —¿Me cobrarán como la otra vez?”

Wu frunció la frente: —Claro que sí.

—Pues olvídalo, —dijo He— escíbame nada más una demanda por favor.

Fue al Tribunal y entregó la demanda. Caminaba de regreso por la calle, cuando la delgada nieve se convertía en lluvia. Regresó a la posada, platicó un rato con el dueño y se acostó.

Al día siguiente, se puso de nuevo las ropas enlodadas de ayer y pisando los charcos se fue para su casa.

Entonces, se acabó el periodo de nueve días. La tierra estaba despertando y hacía cada día más calor. El trigo de la parcela creció mucho, las flores de la colza rodeaban el trigo como un estanque dorado que se encuentra alrededor de una verde isla solitaria. Los animales también estaban inquietos. Los cuatro lechones rápidamente crecieron de treinta centímetros a unos ochenta y siempre gemían apoyándose contra el comedero. El marido se veía mejor, pero como el caso aún estaba pendiente, se sentía sofocado.

Cuando llegó el aviso del Tribunal, He Biqui fue a la ciudad. El precio del hospedaje ya había subido mucho, pero el dueño sólo le cobró cincuenta centavos más ya que se trataba de un antiguo cliente.

Al verla, el dueño le dijo: —Antes del año nuevo publicaron una ley de la administración pública, ahora la gente común y corriente puede demandar a los funcionarios. Creían que iba a

ser sólo una forma, ¿quién iba a pensar que muy pronto se iban a poner en práctica? Una campesina se puso en la vanguardia y demandó a la comisaría de la ciudad. Famosos como el director Yan también tendrán que presentarse en la corte como acusados.

He Biqui no le creía:

—Seguro que comió mucha manteca y se le taparon los sesos. ¿Cómo piensa que va a ganar?

—Este asunto ha conmocionado a la ciudad entera, todos están impactados y quieren ver circo. Dicen que en los hoteles ya se alojaron algunos reporteros en espera de noticias —comentó el dueño.

—¿Para burlarse de la campesina?

—Es que no entiendes. La gente está aún muy cerrada. Cuando el gobierno publica una nueva ley, el pueblo sospecha siempre. Para que el pueblo entienda la nueva ley, los jefes eligen uno o dos casos representativos y los solucionan con mucho cuidado. Así, el pueblo se da cuenta de que las cosas van en serio.

—¿Según usted esta campesina ganará?

—Si ella pierde, esta ley perderá también. ¿Quién le va a creer al gobierno? —dijo el dueño.

He Biqui, para entender las cosas, puso un ejemplo: el mundo es un lío. Si el pueblo está equivocado y el gobierno tiene la razón, ¿a poco le van a dar la razón al pueblo?

—Claro que van a decidir según la verdad. Pero esto es la primera vez, todos suponen que esta campesina es un buen ejemplo. Ella seguro que tiene la razón, además, el asunto no es grave, si permiten que gane una persona común y corriente, el gobierno no sólo no pierde la cara sino que muestra su gran generosidad.

Para He Biqui todo esto era muy raro, así que después de escuchar un rato, se lavó y se acostó.

Al día siguiente salió el Sol. Todo se veía limpio y fresco. Debido a la lluvia de primavera de hace unos días, la tierra aún estaba mojada. El aire templado y refrescante era bueno para los pulmones. La gente en la calle caminaba y hablaba con mucha energía y alegría, como después de haber apostado en un casino durante siete noches y de haber dormido a pierna

suelta durante siete días para finalmente despertar. Los vendedores de los puestos gritaban para atraer clientes, animando las calles como los pájaros cuando alegran a bosques. Toda la ciudad estaba tan limpia y reluciente como una joven después de un buen baño y recién salida del salón de belleza.

He Biqiu llegó al tribunal con la notificación en la mano y vio charlar a mucha gente en el patio, con mucha curiosidad. Se acercó a ellos para escuchar y vio que en uno de los grupos estaba el patrón de la posada platicando con la gente: —Ya vino usted. ¿Pero quién le cuida el negocio?

—Te dije ayer que es un caso espectacular que se ve pocas veces, ¿a quién le importa el negocio?

He empezó a sospechar: —¿cuántos casos tramita la corte cada día?

—Eso depende, pueden pasar muchos días sin ningún caso, otros días se tramitan muchos o puede ser que un caso tarde varios días. Pero esta mañana sólo habrá un caso.

Antes de que ella pudiera decir cualquier cosa, el dueño se despidió: —Un amigo me tiene un asiento, cuando venga más gente y se bloquee la puerta no podré entrar.

Oyó que alguien la llamaba. Era el policía del tribunal que la atendió la vez pasada.

—Te andamos buscando por todas partes. ¡Y tú estas aquí!

—Me dijeron que empezaba a las nueve. Todavía faltan diez minutos.

—A esa hora comienza la sesión, el litigante tiene que presentarse por lo menos diez minutos antes.

Al oír eso, ella se inquietó. El policía se dio cuenta y le dijo: —¿Quieres ir al baño? Sube al segundo piso a mano izquierda. No te preocupes, te espero aquí, debajo de la escalera.

Hizo sus necesidades y se lavó las manos. Siguiendo al policía, entró por una puerta pequeña a una oficina que solamente tenía una mesa y una silla. Abrieron otra puerta y apareció la sala del tribunal.

Un ambiente tenso y serio inundaba el auditorio. Con la cabeza agachada y siguiendo al policía, caminó varios pasos, bajó unos escalones, caminó otros pasos, llegó frente a una mesa semicircular y se sentó. El policía se paró a un lado. Escuchaba los susurros en el auditorio y poco a poco se imponía

el silencio. Se dio cuenta de que el tribunal parecía un campo escalonado. La tribuna estaba un piso arriba, ella estaba sentada en algo que parecía un desnivel. Los susurros venían de diferentes niveles, los escalones lejanos estaban más arriba y los cercanos a ella estaban más abajo. Había muchas sillas en filas. Todas estaban ocupadas. Hasta los pasillos y la entrada estaban llenos de gente. No sabía si la gente acababa de entrar o si los sentados habían entrado mucho antes, dejando que los demás se empujaran en la puerta. Mientras pensaba en eso, un sonido fuerte y extraño que venía de la tribuna hizo callar de inmediato a todos en la sala. Cientos de espectadores detuvieron la respiración como si quisieran escuchar el sonido que provoca una aguja de bordar a la hora de caer al piso.

El juez sentado en la tribuna, vestido de uniforme, tosió un poco y dijo:

—En la sesión del día de hoy revisaremos la demanda de He Biqui en contra de la sentencia de segunda instancia de la Comisaría Municipal.

Habló hasta aquí y cambió de tema. Tocaba presentar a los miembros del tribunal. Primero dijo su nombre, él era el presidente de la corte, luego presentó a los dos sentados a ambos lados de él y dijo los nombres de otros dos sentados al lado de los que presentó primero. Los primeros no tenían uniforme pero los otros sí. Finalmente presentó al secretario (escribano) del tribunal vestido de uniforme.

Tocó presentar a la demandante, He Biqui se levantó, dijo “presente” y se sentó. Luego presentaron al demandado. En la mesa de enfrente estaban sentadas varias personas, uno de ellos se levantó al escuchar su nombre.

He Biqui levantó la mirada, y vio los rayos del Sol que entraban por la ventana e iluminaban la sala. El que estaba parado enfrente era ni más ni menos que el jefe Yan.

Asombrada, oyó al juez decir:

—Ahora se dará lectura a la demanda. Debido a que el demandante no sabe leer muy bien, un representante legal leerá la demanda.

El secretario apenas empezaba a leer, cuando He toda apurada lo interrumpió:

—Eso no es cierto.

Dijo sólo eso cuando el auditorio en la sala empezó a murmurar. El juez tocó fuertemente en la mesa y el silencio se restableció: —Demandante He Biqui, todo lo que quiera decir, lo puede decir despacio, no hay prisa.

He Biqui empezó: —Ustedes están equivocados, yo nunca demandé al camarada Yan, jefe de la Comisaría Municipal, al que demandé es a Wang Changzhu, jefe de la aldea Wang Qiao. —Resumía el caso cuando el juez aclaró: —Sí, es lo mismo.

—¿Cómo que es lo mismo? Él está en la ciudad y yo en el campo, al otro lado de la presa, no tenemos nada en común. Él en esta vida jamás se ha cruzado con mi marido, ¿yo por qué lo voy a demandar?

El juez dijo algo cuando He impaciente lo interrumpió: —Yo no entiendo sus cosas, lo único que quiero, es ver a Wang Changzhu, el hombre que golpeó a mi marido, sentado en la mesa de los acusados.

El público nuevamente se inquietó y empezó a murmurar. Después de un rato de desorden, el demandado jefe Yan pidió la palabra. Los ruidos en la sala cesaron.

El jefe Yan hablaba y el juez escuchaba. Luego el juez comentó algo con los que estaban sentados a los lados, con uniforme y sin uniforme. La sugerencia del jefe Yan fue aceptada. El juez se limpió la garganta y anunció: —La sesión entra en receso. Se levantaron y entraron en la puerta detrás de la tribuna.

Los policías del tribunal se acercaron para escoltar a He Biqui. Entre el público alguien preguntó: —¿En la mañana reabrirán la sesión?

El secretario vestido de uniforme salió y contestó: —Un receso de media hora será suficiente.

He Biqui entró y vio al juez sentado en una silla, el jefe Yan también estaba sentado. La invitaron a sentarse y ella se sentó. Los policías le sirvieron té y se dio cuenta que todos usaban la misma taza ancha arriba y abajo y estrecha en medio. El juez dijo: —Camarada He Biqui, no tuvimos suficiente cuidado, no hicimos bien el trabajo, le pedimos disculpas.

He dijo reprochando: —Estoy confundida, pedí justicia con el oficial Li, a la comisaría del distrito, a la comisaría municipal. Todos ellos me dieron alguna explicación aunque no era

la correcta. Pero ustedes hacen que yo demande al jefe de la Comisaría Municipal. ¿No les parece que me quieren tomar el pelo?

Al oír eso, el juez no supo que decir y empezó a reír. El jefe Yan y los otros rieron también. He, muy confundida dijo: —Hicieron que lo acusara a usted y lo comprometiera como el demandado ante el tribunal, ¿y en vez de enojarse se ríe?

Uno de los presentes interrumpió: —“Demandado” es solamente una palabra, suena feo pero es sólo un término. Sobre todo, en asuntos civiles y administrativos, los demandados no necesariamente han hecho algo malo.

Entonces, el jefe Yan siguió: —El jefe de la aldea golpeó a tu marido. Estos casos deben ser atendidos por la policía. La Comisaría Distrital pronunció una sentencia que no te pareció razonable y apelaste ante la Comisaría Municipal. Ésta hizo una sentencia de segunda instancia, pero tampoco te dejaron satisfecha. Entonces apelaste de nuevo ante este tribunal. Es tu derecho legal. Tú te representas a ti misma y yo, a la Comisaría Municipal. Ahora, los dos estamos iguales, quien tiene la razón y quien no, lo decidirá la corte.

Al terminar de hablar, invitó a He a tomar té.

He tomó un trago y preguntó: —Según usted, ¿qué va a pasar si el tribunal decide que es culpable?

El jefe Yan respondió: —Entonces, según la decisión del tribunal, habrá un nuevo castigo para Wang Changzhu. —Todos los presentes asintieron con la cabeza. Hablaron un rato más mientras acababan con el té.

Después de ir al baño, He volvió a su asiento detrás de los demás. El ambiente tenso del auditorio se relajó un poco y no era tan agobiante como hacía un rato. Volvió a sonar el timbre del tribunal y los susurros cesaron. Aclarándose la garganta, el juez repitió los nombres de los relacionados con el caso. Luego el secretario leyó la demanda en nombre de He. A He le pareció que el secretario hablaba con claridad y que lo escrito más o menos correspondía con la verdad.

A continuación era el turno del acusado. Primero le tocó defenderse al jefe Yan y luego a los otros. No dijeron nada nuevo, sólo explicaban que las sentencias de la comisaría Distrital y la de segunda instancia fueron elaboradas basándo-

se en el párrafo tal del artículo tal. Todo transcurría con tranquilidad.

Los oyentes sentados en las sillas de los lados, quién sabe si estaban muy concentrados en el caso o sabían comportarse, y a pesar de querer opinar se contenían. Cuando de plano no aguantaban, dejaban salir unas palabras por la garganta semiaabierta. Sin embargo, se callaban cuando oían hablar a alguno de la tribuna.

Ya terminados los relatos de cada cual, el juez permitió el careo entre las dos partes. Hablaron un poco y pronto se les acabaron las palabras. En el momento más oportuno el juez declaró: —Es todo por esta mañana. Volveremos a sesionar a las cuatro de la tarde.

Al oír eso, el auditorio se dispersó. El juez se acercó a He y le dijo: —No es fácil para ti venir a la ciudad. Aunque las dos partes tienen discrepancias, afortunadamente, están de acuerdo respecto a los hechos, además, las pruebas son suficientes. Trabajaremos horas extras al mediodía para tener la sentencia lista esta misma tarde.

He dio las gracias y se despidió de él.

Comió de paso en un puesto de la calle y regresó a la posada. El patrón, que la esperaba ya hace mucho rato en la ventana, la elogió y hablando de la sentencia de la tarde dijo: según lo dicho esta mañana, en cuanto al caso de tu marido no hay divergencias, las sentencias de las comisarías del distrito y el municipio también tienen su base. He Biqui estaba desanimada: —¿Piensas que voy a perder?

—Seguramente ganarás —dijo el dueño— Es lo que te decía anoche, el Estado verdaderamente quiere que el pueblo comprenda esta ley de la administración pública. Para eso debe elegir algunos casos representativos y solucionarlos. Cuando el pueblo vea con sus propios ojos y asimile la ley entonces creará en el gobierno. Por eso, van a dictar sentencia a tu favor.

He Biqui se tranquilizó un poco y el dueño le aconsejó: —Relájate y vete a visitar algunos lugares que vale la pena ver.

He Biqui descansó un poco y salió a la calle a caminar. Llegó a la orilla de unos estanques al lado de las murallas viejas de la ciudad. La arboleda que había visto hace 7 u 8 años estaba muy arreglada. Además, había nuevos árboles conocidos y

desconocidos, altos y bajos, con las ramas frondosas y cerradas. Seguramente al llegar la primavera y el verano un gran colorido colma la vista en este lugar. Había un árbol cuyas hojas no se habían caído, el color no era verde sino violeta, como la sangre fría del cerdo. Al alejarse y mirar hacia atrás parecían rosales llenos de muchos animales y aves talladas en piedra. Todos eran conocidos, leones que mostraban dientes y uñas, elefantes levantando y agitando la trompa, avestruces corriendo como locas, osos durmiendo. Pero dos animales que nunca deben estar juntos estaban pegados uno al otro. Un terrible tigre lanzaba a un caballo al suelo mientras le mordía un enorme pedazo de carne. No hay quien se atreva a mirar esta escena dos veces. A la orilla del agua había muchos quioscos y puentes de piedra. Los quioscos de varios pisos estaban en las veredas al lado de los puentes. Los puentes en forma de arco o serpiente no tenían nada peculiar. El agua de los estanques no estaba tan clara y limpia como hace unos años.

De pronto oyó el bullicio de la gente. Dobló hacia allá y vio una pendiente del tamaño de media parcela de trigo cubierta con rocas grandes y pequeñas. Había varias personas paradas vestidas de diferentes colores. Este lugar absorbía los rayos del sol que caían en ángulos y se sentía muy caliente.

Muchos hombres y mujeres se mezclaban y nadie se escondía. Los hombres estaban en cueros, sólo tenían un trapito entre las piernas. Y las mujeres, algunas apenas vestían un trapo que les cubría la entrepierna y el pecho, y otras de plano andaban en calzones y sostén. Los encuerados corrían dos vueltas, movían los pies, aspiraban un poco de aire y “glup” se tiraban de golpe en el agua. Quién sabe cuántas cabezas mojadas flotaban en el agua. Miraba de lejos el quiosco de enfrente, donde hombres y mujeres subían uno tras otro y se lanzaban al estanque.

He Biqu sentía que el frío del agua se le subía en el cuerpo y le erizaba la piel.

Al ver eso no pudo evitar retroceder un poco. Se quedó parada en el bosque de la pendiente donde ya había varias personas. Ellos no tenían nada en común con la gente del estanque, todos vestían mucha ropa gruesa, suéteres, chaquetas, chamarras de pluma. Con las manos en los bolsillos del pantalón

o entre las mangas, no hacían más que mirar hacía abajo. Estaban viendo a unas cuantas muchachas de 17 o 18 años que nadaban en el agua del estanque. Las muchachas se habían quitado todo menos los paños menores de muchos colores, rojo, amarillo, verde, violeta. Ellas en el agua se divertían a más no poder, cuando subían a la orilla no se apresuraban a vestir sino se quedaban paradas dejando gotear el agua. El viento soplaba desde un lugar empinado de la pendiente provocándoles tiritonas de frío. Se secaban un poco con una toalla seca y se agachaban por la ropa. Ahora los mirones al lado de He enfocaban la vista hacia una chica de rojo, quien en vez de buscar un lugar escondido, empezó a cambiarse en un espacio expuesto a las miradas del público.

Se puso alrededor de la cintura la misma toalla con la que se secó, ya cubierta se quitó los calzones y vistió pantalones mientras conversaba con unos hombres medio desnudos. Luego asomó la cabeza por un camisón y metió la mano tratando de desabrochar el sostén. Después de muchos intentos, no lograba el acometido, al parecer los botones estaban muy pegados o los elásticos se anudaron. Pero ella sin ninguna prisa seguía hablando sin cesar. Cuando las chicas terminaron de vestirse, los mirones de la pendiente apuntaron sus miradas hacia los trajes multicolores que aún nadaban en el agua.

Al ver que el sol primaveral se ponía poco a poco, He apresurada preguntó la hora y volvió al tribunal.

A las cuatro en punto, después de que sonara el timbre, el juez comenzó a hablar. Repitió las palabras de la mañana. Al terminar, se levantó y aclaró la voz para pronunciar la sentencia:

—Esta corte ha realizado sesiones ordinarias y consultas cerradas conforme a la ley, y ha llegado a la siguiente sentencia con respecto a este caso: la corte municipal ratifica sin ninguna modificación la resolución de la comisaría distrital referente al caso de Wang Changzhu, jefe de la aldea Wang Qiao, quien agredió físicamente a Wang Shanqin, ciudadano de dicha aldea.

Al oír eso, He se quedó atónita. Entendió que ella había perdido el caso. Le llegaron al oído algunas palabras del auditorio y a juzgar por el tono, algunos estaban de su lado. Después de que la gente se retiró, vio acercarse al juez, al jefe Yan

y otros. Le hablaron con amabilidad, diciendo que si no le parecía la sentencia, podía seguir apelando ante el Tribunal de Segunda Instancia. Al oír eso, He se sintió un poco mejor y dijo:

—¡Apelar! Claro que sí.

A los dos meses de haber presentado la apelación, el clima era cada vez más templado. Las ramas de los sauces cambiaban de verde claro a verde oscuro, el verdor inundaba todo el campo. Las flores de colza se habían caído y sólo quedaban unas vainas, el trigo se erguía en el aire. Los cuatro lechones ya tenían el tamaño de enormes arcos. Faltaban unos días para que crecieran lo suficiente y empezaran a comer mejor para subir de peso.

Ese día He Biqu fue al campo a tirar fertilizante. Todavía no había terminado ni dos surcos cuando alguien le trajo un recado. Gente de arriba venía a verla. He Biqu preguntó: —¿Quieren que vaya a la casa del jefe? —El del recado contestó: —No, la quieren en las oficinas de la aldea. Vienen tres personas. Vi entrar al alcalde. Poco después salió con la cara colorada como si alguien le estuviera cobrando una deuda.

He dejó el trabajo y se dirigió para allá. A lo lejos se veía un coche parado en el campo. Era blanco con dos rayas azules que lo rodeaban y tenía una luz roja en el techo. Cualquiera que lo vea sabe que es una patrulla que viene por un criminal. Al ver que el coche estaba vacío caminó hacia la casa. Oyó que hablaban en el cuarto y el tema de la plática tenía que ver con ella. Por eso caminó despacio para escuchar mejor.

Una voz desconocida decía: —Esta campesina demandó a la aldea, al distrito y al municipio. Después apeló ante el Tribunal del distrito, el municipal y ahora ante el Tribunal de segunda instancia. Primero se pensaba que era de esas personas tercas, difíciles de convencer. Pero en las reuniones y la investigación entre la gente nos sorprendió ver una respuesta tan favorable hacia ella.

Otra voz, como de alguien más viejo, añadía: —Conforme a los hechos, el haber pegado a su marido y el estado de la herida, el castigo anterior tenía bases. Sin embargo, esta He ni parece terca ni está loca, ¿por qué entonces levanta una demanda tras otra? ¿Acaso hay otro motivo?

Alguien más dijo: —¿Ya que no es fácil para ustedes venir acá, qué les parece si vamos a escuchar la opinión de ella?

A He le parecía familiar esa voz. Pensó un poco y recordó que era el oficial Li. En ese momento ya había llegado a la puerta y no podía retroceder. Por eso empezó a pisar a propósito con más fuerza. Al oír los pasos, los del cuarto callaron. Vio sentados al oficial Li y dos hombres en uniforme. El oficial Li los presentó: “Estos dos vienen del Tribunal Intermedio y se encargan de tu caso. Son el juez Zhu y el juez Yang. Los tres tenían enfrente tazas de té iguales a las que había visto antes en las comisarías y los tribunales. El oficial Li iba a servirle té cuando ella se apresuró a servirse sola y también puso más agua en las tazas de ellos. Se sentó y comenzó hablar con ellos. El de la voz de viejo era el juez Zhu y el otro el juez Yang. Los dos le pidieron contar el asunto con todo detalle desde el principio hasta el fin. He Biqui logró poner las cosas en orden y empezó.

—Después de cosechar el arroz de otoño, el jefe de la aldea escogió una gran extensión de terreno frente a la aldea y ordenó cultivar colza. Así se armó el lío. A decir verdad, la idea de cultivar colza venía de arriba y sabíamos que no estaba mal. El jefe escogió nuestra parcela porque está en la entrada del pueblo. Si venía gente de arriba les iba a dar gusto y eso tanto para él como para todos nosotros es motivo de orgullo. Por eso, todos aceptaron.

Nosotros tenemos tres mu (0.00667 ha.) y tres fen (66.667 m) en el centro. El año pasado sembramos colza y según la costumbre, es necesario cambiar de cultivo. El jefe de la aldea sólo lo mencionó una vez sin aclararlo con cada familia. Entonces decidimos sembrar trigo. El trigo brotó y creció. Las hojas tenían medio centímetro de ancho, y no pasó nada. Cuando los de arriba vinieron y descontaron puntos, el jefe se enojó y empezó a gritar. Le prometimos que el año próximo sembraríamos colza, pero él no aceptó, nos ordenó destruir el trigo inmediatamente y sembrar colza. Pero, ¿qué campesino tiene corazón para destruir los cultivos verdes? Discutimos un poco y él empezó a golpear a mi marido.

Los dos jueces anotaron sus palabras en su cuaderno y dijeron: —¿Puedes detallarnos los antecedentes de la pelea?

—Él es jefe, se encarga de todos nosotros en el pueblo. Como el patriarca de un clan con sus siervos, puede insultarlos, golpearlos; pero este Wang no sólo lo pateó en el pecho sino también en las partes genitales, por poco y acaba con su parte vital.

—En sus documentos no constan las patadas en el pecho, al igual que en el reporte médico, sólo se mencionan los golpes en los genitales.

—Los testigos vieron todo. ¿Acaso hay alguna duda? Sólo que la patada en el pecho no era fuerte y no dejó secuelas así que no la mencionamos ni con el médico ni con otros.

—¿Dices que tu marido al trabajar siente molestias en el pecho?

—Él es un hombre, no debe ser golpeado. Puse la demanda ante el cantón, ante el distrito y el municipio, luego apelé ante el Tribunal y ante ustedes, hasta la fecha no nos han dado una explicación justa. Con tanto coraje en el pecho, ¿cómo no va a estar sofocado?

Los dos jueces escucharon sus palabras, se miraron, intercambiaron unas palabras y le preguntaron: —¿Está tu marido en casa?

—No, está tirando abono.

—Vamos a verlo.

Salieron del pueblo con el Sol resplandeciente. No había ni una sola nube. El campo estaba cubierto con cultivos que se extendían hasta el horizonte lejano. El pasto estaba tan crecido que susurraba con cada pisada. He llevó a los tres hombres al campo. Al llegar, vio a su marido quien después de terminar dos surcos aprovechaba para descansar. Se acercaron y los presentó. El hombre contestó las preguntas que le hicieron. Los jueces le pidieron quitarse la camisa y después de examinar su pecho con las manos le dijeron:

—Vaya al hospital a tomarse una radiografía.

—Está bien, espérenos hasta el atardecer, nos dará tiempo de ir al hospital de la provincia Jiang Su.

—Aquel lugar es una clínica. La vez pasada aceptaron el diagnóstico hecho allí como una excepción. Según el reglamento, sólo un certificado médico expedido por un hospital distrital tiene efecto legal.

He dijo angustiada: —Ya tenemos mucho trabajo en el campo. Este pueblo no es como los demás, no es fácil ir a la ciudad.

Pensaron un poco los dos jueces y dijeron:

—Bueno, lo llevamos en la patrulla a la ciudad.

He estaba a punto de aceptar la oferta, pero cuando de pronto vio a los campesinos que trabajaban en el campo mirando con curiosidad, cambió de idea y dijo preocupada:

—Muchas gracias por la atención, pero un proverbio narra: “la verdad cambia de boca en boca” y peor aún en Wangqiao que está al otro lado de la presa. Todo el mundo sabe que la patrulla es para llevar criminales, si lo ven con ustedes, ¡quién sabe qué rumores van a correr!

Los tres se quedaron sin palabras. —¿No es mejor que crucemos por el embarcadero y los busquemos más tarde para que nos lleven al hospital a sacar la radiografía?

—Está bien.

Y la patrulla se fue por el camino de terracería.

Después de sacar la radiografía, se alojaron en la misma posada de antes. El dueño vino a saludarlos y He le contó:

—La patada no parecía fuerte, ¿quién se iba a imaginar que le había roto una costilla? Dice el médico que la costilla se cerró por sí sola, pero no cerró bien. Por eso se sofoca fácilmente al trabajar.

—¿Les dio el diagnóstico?— preguntó el dueño.

—Sí, el certificado dice— secuelas leves —el anterior decía— secuelas muy leves —a este le faltó el “muy”.

—Aaahh —asintió el dueño con la cabeza.

—Hace tres años un pariente mío puso una demanda por daños físicos, por eso conozco la materia. Pero, ahora las circunstancias de tu caso han cambiado.

—¿Cómo han cambiado?

El dueño explicó:

—Existen secuelas leves, muy leves y graves. Cada una tiene diferencias. Las muy leves son rasguños superficiales. Las otras son lesiones internas de músculos y huesos que se definen según la gravedad. Por ejemplo, en el caso de fracturas de muñecas o costillas que se pueden cerrar, las llaman secuelas leves. Pero si la fractura produce invalidez o se lesionan los ór-

ganos internos o hay ceguera en uno o ambos ojos, o te cortan una o las dos orejas, esas se consideran secuelas graves.

He no entendía:

—Los huesos rotos se recuperan pero siempre afectan en el trabajo. En cambio las orejas, no son más que un adorno inútil. Si se dañan o se cortan no afecta en nada. ¿Por qué se considera como lesión grave?

—Afecta la apariencia estética —dijo el dueño.

He siguió preguntando: —¿Los castigos para cada tipo de lesión son diferentes?

—En el primer caso el castigo es sólo una multa y en el último lo más grave es la cadena perpetua. En el caso de tu marido los castigos pueden ser varios. Como mínimo un arresto y como máximo, prisión por varios años.

He volvió a preguntar: —¿Según su opinión, ganaré este caso?

—No estoy seguro, ya me equivoqué una vez.

Entonces He se percató de que el dueño tenía una taza de té con el vientre hundido y preguntó sorprendida: —¿Usted también usa esta taza?

El dueño extrañado preguntó: —¿Qué tiene?

—Todos los oficiales que me atendieron en este pleito, el oficial Li del cantón, los encargados de la comisaría del distrito, el director Yan de la comisaría municipal, los jueces de los juzgados y del tribunal de segunda instancia usaban esta taza con el vientre hundido. Pensaba que era de uso exclusivo para los oficiales del sector judicial al igual que su uniforme.

El dueño no pudo frenar su risa y dijo: —No, es un frasco de jarabe de pera otoñal. La gente tiene tos varias veces al año, cuando se acaba el jarabe usan la botella para tomar té. Y poco a poco se convierte en moda. Hay una banda de jóvenes que sin estar enfermos usan el seguro médico para conseguir el jarabe. Tiran el remedio y usan el frasco. Mi taza es regalo de un amigo.

He Biqu y su marido se rieron.

El dueño dijo en son de burla: —Tu esposo no es de muchas palabras.

—Él es como una calabaza —dijo He— en la repartición de bocas, él perdió su turno.

El dueño continuó: —Según el médico, si se acomoda o no la costilla de tu marido da lo mismo. Hay que pensar con cuidado en sus palabras. Para un empleado de la ciudad que todo el día toma té y lee los periódicos, una costilla menos no afecta en nada, pero para alguien del campo el cansancio acumulado le puede producir una grave enfermedad. Para soldar el hueso es necesaria una cirugía a pecho abierto que lleva algún riesgo.

—Eso es lo que me preocupa —dijo He.

El patrón le recomendó: —Conozco a un médico tradicional chino ya jubilado, especialista en problemas de costilla. Como primogénito, fue el único heredero de los conocimientos de varias generaciones en su familia. Cualquier tipo de problema lo resuelve con sólo algunas prescripciones. Lo que no sé es si tu marido puede dejar las faenas del campo.

—Le pediremos a nuestros familiares que cuiden la casa, en cuanto a las labores del campo, con este clima templado, si quieres trabajar, aunque trabajes todo el día nunca acabas, y si dejas el trabajo tampoco hay problemas.

—Entonces, tú y tu esposo pueden alojarse aquí mientras él tome las primeras dos dosis y las otras se las llevan a casa. Te aseguro que se va a curar.

—Pero en el tribunal me pidieron que espere la sentencia en casa. Es necesario avisarles.

—No es necesario. En la corte hay poca gente y mucho trabajo, dudo que toquen tu caso en dos semanas.

Ella asintió con la cabeza y el patrón continuó: —No hago esto por negocio. Sabes que acaba de subir la renta, pero como somos viejos conocidos, te cobraré todavía tres yuanes y medio por persona.

Pasaron dos semanas. El médico jubilado era muy bueno. No sólo puso la costilla rota en su lugar, sino también le curó las molestias del pecho. Agradecieron al médico y al dueño de la posada y alistaron sus cosas para irse a casa.

Se bajaron del camión en el cantón y caminaron hacia el embarcadero. Mientras caminaban veían en las aceras del camino plantas verdes flotar en el agua clara y los dos apresuraron el paso. De pronto y sin darse cuenta el recorrido de 8 o 9 kilómetros llegó a su fin.

No había pasajeros en el embarcadero, así que tuvieron que esperar. Mientras esperaban, el marido, como siempre, estaba completamente callado. Ella, por su parte, como ya se había acostumbrado desde tiempo atrás, dejó las cosas así. Pasó otro rato. El viento se levantaba desde la presa soplando suavemente hacia ellos. Penetraba la ropa por cada rendija y erizaba la piel.

De pronto las imágenes empezaron a vibrar.

Veía como el agua primaveral subía y tapaba el dique bajo. Lentamente se acercaba hacia el dique alto y lo empapaba.

A diferencia de lo que ocurría en el verano y el invierno, el agua se veía tan clara y limpia que capturaba las miradas de la gente. El pasto del dique pisado por innumerables pies, al ser cubierto por el agua revivía poco a poco extendiendo sus nuevos brotes.

Arriba, el Sol como recién bañado iluminaba el cielo azul con todas sus fuerzas. Abajo, el rocío cubría la tierra. A distancia, las aldeas, los árboles, los cultivos, las cuestas, las zanjas y las lomas cercanas y lejanas se confundían entre la gente, los perros, los bueyes y otro ganado que caminaba, corría o simplemente estaba parado. Su vista, ya cansada y distraída, se retrajo y empezó a deambular por todos lados. Al lado izquierdo vio cómo el dique negro como el hierro rompía las enormes olas blancas. Las olas se revolcaban sin ofrecer nada nuevo. Había aves volando en el aire, en grupos o solitarios, luego descendían y paraban sobre el agua. No pudo acertar bien si eran gaviotas o patos silvestres. Siguió con la vista las aguas blancas que, cuando se acercaban hacia ella, se estrechaban y parecían perneras de 1.5 kilómetros de ancho. La pernera doblaba hacia la derecha y después de varias curvas se metía entre las lomas y las cuestas.

Al observar eso, se dio cuenta de que en la otra orilla tampoco había pasajeros. El lanchero no estaba, la lancha parada en la orilla flotaba solitaria en el agua. Entonces supo que tenía que gritar.

La voz al igual que las imágenes empezaron a vibrar. Sonidos largos y cortos viajaban hasta la otra orilla. Primero gritó la mujer y luego el hombre y entonces sus gritos fueron respondidos. En la lejanía vieron al lanchero empujar la lancha

vacía con una vara. Luego cambió la vara por los remos y remó hasta el centro de las aguas. Le dio pereza cambiar de nuevo los remos con la vara, así que apoyándose en los remos poco a poco se acercó a la orilla.

Al detenerse en la orilla, el rostro del lanchero reflejaba angustia. El lanchero dijo: —Tengo varios días sin trabajar. Pensé que hoy también me tocaba dormir todo el día, nunca me imaginé que los cruzaría a ustedes.

He Biqui no comprendía sus palabras: —¿Y la gente?

—Desde que terminaron la carretera del noroeste, los que tienen bicicleta prefieren darse toda la vuelta y los que aún no han comprado bicicleta se suben a los tractores que van por el camino.

—¿Y no llega gente de fuera?

—¿Quién va a venir a este sitio apartado? A los de arriba los traen en carros chicos y grandes. Ah, por cierto, esta mañana llegaron dos carros. Una combi vino por la cosecha y otro carro se dio toda la vuelta para llegar. Mi lancha y yo somos como la ropa vieja, hay que empacarla para guardarla en el baúl.

Al ver al lanchero tan triste y desconsolado, sentimientos parecidos invadieron a He Biqui. Buscando plática dijo: —¿El otro carro a qué vino?

—No sé —dijo el lanchero que de pronto la reconoció y exclamó: —ya me acordé, tú eres de la familia Wan, la que puso la demanda. ¿Éste es tu esposo? ¿Cómo va tu caso?

He Biqui contestó: —Aún falta mucho.

La lancha llegó a la orilla, platicaron un poco más y se despidieron.

Al llegar a casa, el pariente que se las cuidaba les dijo: —Por la mañana llegó una patrulla y se llevó al jefe.

He Biqui incrédula dijo: —¿Cómo es posible? ¿No te habrás confundido?

El pariente dijo: —Estaba en el corral dándoles de comer a los puercos y aún no sabía nada. Luego oí el bullicio de la gente del pueblo, y fui a ver. Justo entonces, el jefe salía de su casa. A los lados caminaban dos uniformados. Primero pensé que atendía asuntos oficiales de arriba. Sus manos estaban metidas en las mangas. De pronto se tropezó y al caer sus manos se

asomaron. Los rayos del sol se reflejaron en las esposas, lo que atrajo las miradas de la gente. Hasta entonces supe que estaba esposado.

He Biqui asombrada preguntó: —¿No llegaron a nuestra casa?

—No —dijo el pariente.

He Biqui pensó un poco y asustada comentó: —Lo demandé para pedirle una explicación, nunca pensé mandarlo a la cárcel.

No esperaba eso, no supo que decir y se quedó sin palabras. Se puso a cocinar pero la comida no le sabía a nada. Después de comer, el pariente que cuidaba la casa recordó algo: —En el trigo aparecieron flores negras, dicen que es el añublo.

Entonces fueron al campo para ver. La cosa, claro, estaba muy diferente que hace dos semanas. Alrededor, los brotes de arroz, sembrados hacía rato, sustituían las colzas ya cosechadas. La gran parcela de brotes de arroz tenía un color verde claro que se distinguía fácil entre el verde oscuro del trigal. El trigo ya había crecido hasta la cintura y en medio se veían las flores negras. Cortaron las espigas de los lados y del medio del trigal. Frotaron y soplaron las cáscaras para sacar los granos que aún no se habían secado. Lo sopesaron con la mano y estimaron que, a pesar de la plaga, podrían recuperar entre 60 y 80 por ciento de la cosecha. Después de trabajar un rato, He Biqui pensó que su marido estaba cansado y lo apuró regresar a casa, pero el marido no quería.

Mientras discutían, vieron a lo lejos a una multitud venir por la vereda y pararse frente a ellos. Uno de los que vinieron dijo: —¿Este trigal no es acaso como un libro de texto? Habrá que convocar a todos los jefes de aldeas a una reunión.

Al oír sus palabras, He supo que el hombre venía de arriba para verificar los cultivos. De pronto, reconoció al técnico del cantón que vino en una ocasión para enseñarle el método científico de cultivo. Se le acercó y le preguntó: —¿Esta vez hice todo lo que me enseñaste la vez pasada, por qué entonces, el trigo tiene la plaga?

El técnico, señalando alrededor, contestó: —La colza se cosecha mucho antes que el trigo. Cuando sembraron el arroz lo anegaron con agua. Hay un proverbio que reza: “El trigo de

una pulgada no le teme al agua de un pie, pero el trigo de un pie si le tiene miedo al agua de una pulgada.” Si no hubieras hecho lo que hiciste, tus pérdidas serían aún mayores. He explicado los beneficios del cultivo intensivo de colza y trigo varias veces en las reuniones con los jefes de la aldea, ¿su jefe no le informó de eso?

He Biqui dijo: —¿Él? Primero nos ordenó, sin explicar nada, cultivar colza en todo el campo. Luego nos obligó a destruir el trigo para cultivar colza. Si nos lo hubiera explicado, nunca habiéramos tenido tantos problemas.

Al oír sus palabras, la multitud exclamó: —¡Ah, que jefe! Se quedaron un rato y se fueron a otras parcelas.

He Biqui, por su parte, como no podía convencer a su marido de descansar un rato, arregló sus cosas y regresó a su casa. ❖